

“Natros som natros”, dijo Maura

ENRIC JULIANA

Hubo un día en el que tuve la sensación de entender a Baltasar Porcel. Creo que fue en octubre de 2006. Viajé a Palma para entrevistar al entonces presidente del gobierno balear, Jaume Matas, y Baltasar se ofreció como introductor. Si la entrevista hubiese sido concertada con el socialista Francesc Antich, hubiese hecho lo mismo. Mallorca era su país, en el sentido más genuino de la expresión. En el sentido planiano iba a añadir, pero mejor sería no empezar abusando de los tópicos.

A Matas, hombre astuto que quizá cometió el error de calcular de-

masiado sus jugadas, le brillaron los ojos cuando le pregunté si el alma balear se correspondía a una historia que Porcel cuenta en la novela *Olympia a mitjanit*. Una historia de Andratx. La piratería desde tierra. Las hogueras que se encendían durante las noches de tormenta para atraer a los barcos hacia los farallones. Las naves embarrancaban y eran desvalijadas.

Matas no se ofendió. Un hombre susceptible habría interpretado que le estaba acusando de estar al frente de un gobierno de piratas, o, peor aún, de estar gobernando una sociedad sin muchos escrúpulos, con una difusa percepción de

la línea que separa lo legal de lo ilegal. Matas me entendió perfectamente y le brilló la mirada. Y el introductor de embajadores sonrió.

A la salida, Baltasar Porcel quiso explicarme el sentido profundo de aquellas hogueras piratescas, con unas palabras atribuidas a don Antonio Maura, el político más importante que han dado las Baleares. Cuando Maura regresaba a Palma de Mallorca, sentado en una silla de mimbre definía así su sentimiento de pertenencia: “Natros som natros”. Me lo explicó con verdadera pasión. Ambos llegamos a la conclusión de que el catalán sería incapaz de definirse con una tautología

tan arcaica –yo soy el que soy– y que por ello la gente de Catalunya se entrega tan a menudo a la doliente prisión del deseo incumplido. El deseo de ser más fuerte, más poderoso, más completo; acaso el secreto deseo de ser un castellano con mar y brisa templada: un español perfeccionado. Llegados a este punto, echamos unas risas.

Como periodista, Baltasar Porcel siguió a Maura. Con obsesión, siempre fue él mismo. Y eso irritó a mucha gente. Aquí conviene hacer una apreciación importante. Porcel no era catalán. Racialmente no era catalán. (Que nadie me interprete mal. La palabra raza conserva aún un sentido antiguo y despojado de toda crueldad, que se refiere al modo de ser. Todos pertenecemos a una raza y a un país: a un pueblo, a un barrio, a un lugar donde nosotros somos verdaderamente nosotros).

Cuando Baltasar Porcel llegó a Barcelona en los años sesenta pertenecía a una raza disinta. Poseía un desenfado y una voluntad de poder nietzscheana que produjo sarpullidos en la coalición cultural dominante en Barcelona, la conjunción marxista-católica (en realidad más católica que marxista).

Fue uno de los grandes intérpretes de la esencia catalana sin ser racialmente catalán; es decir, operando siempre desde una distancia caracterial y psicológica. En el inteligente aprovechamiento de esa distancia creo que se halla el principal secreto de su éxito como columnista de *La Vanguardia* –acera-

Porcel no era catalán; era arcaico. Y desde esa preciosa distancia, más nietzscheana que católica, fue catalán

do, lírico, faccioso cuando le daba por ahí (o cuando creía que con ello defendía mejor sus intereses), impertérrito y navegante–, y como lúcido entrevistador. Las entrevistas recogidas en el volumen *L'Àguila daurada* son de una claridad mental y de un sentido de la perspectiva sólo posibles desde el exterior del denso sujeto catalán.

Porcel no era racialmente catalán porque venía de Andratx y no participaba del sentimiento de culpa católico. Sobre este último particular algún día habrá que escribir largo y tendido. Las columnas de Porcel eran su Cala Llamp. Mientras los demás iban en procesión, él encendía hogueras y más de un barco se llevó por delante. |

